

La construcción jesuita de una historia natural de las islas Filipinas, 1604-1752

Eduardo Descalzo Yuste*
Colegio Salesians Horta, Barcelona
José Pardo-Tomás**
IMF-CSIC, Barcelona

En la extensa, variada y multiforme producción escrita jesuita, la escritura misional ocupó sin duda un espacio privilegiado; al menos durante los dos siglos y medio transcurridos desde la fundación de la Compañía hasta su primera supresión. En los últimos años, numerosos estudios sobre historia de los jesuitas han incidido en un análisis renovado de esta escritura misional dentro de marcos conceptuales e interpretativos alejados de visiones apologéticas o de estrechas miradas disciplinares¹. La escritura misional, entendida como movilización y puesta en circulación de una serie de saberes considerados imprescindibles para el objetivo evangelizador, se materializó en una amplia gama de géneros, que transitaron desde la crónica apologética de exaltación de la Compañía y las historias de sus logros en pos de la cristianización del mundo – obras que, por lo general, buscaron la imprenta para alcanzar a un público lo más amplio posible– hasta la masiva producción epistolar destinada, en principio, a mantenerse en el ámbito particular, aunque en ocasiones también acabó pasando a la imprenta, debidamente acondicionada a los intereses de la propaganda. Entre uno y

* ORCID: 0000-0003-3196-3603

** ORCID: 0000-0003-2368-097X

¹ No es este el lugar para repasar la ingente producción historiográfica en torno a la escritura y los saberes generados en el seno de la Compañía durante ese extenso período. Para un estado de la cuestión, resulta imprescindible consultar Inés G. Zupanov (ed.), *The Oxford Handbook of the Jesuits* (30/11/2017). En línea:

<https://www.oxfordhandbooks.com/view/10.1093/oxfordhb/9780190639631.001.0001/oxfordhb-9780190639631>

Un excelente ejemplo de esas miradas renovadas, desde el ámbito hispánico, en: José Luis Betrán (ed.), *La Compañía de Jesús y su proyección mediática en el mundo hispánico durante la Edad Moderna*. Madrid, Sílex ediciones, 2010.

otro género de escritura podemos encontrar una variedad difícil de tipificar con precisión, desde recetarios medicinales a hagiografías de misioneros, de manuales de enseñanza a tratados de cosmografía o matemáticas orientados a los mismos receptores que los padres de la Compañía debían adoctrinar en la fe cristiana. Con frecuencia, sin embargo, lo que encontramos son escritos de difícil adscripción a un género específico, obras de contenidos tan variados que resulta un ejercicio inútil intentar su encaje en una taxonomía estable de géneros o de disciplinas.

Esto es lo que ocurre con las historias naturales escritas por los padres de la Compañía. Si, por un lado, parece evidente que existió un género de obra fácilmente identificable en cuanto a tal, al menos a partir de la obra considerada fundacional del género en el seno de la orden, la de José de Acosta², por otro lado, no es infrecuente hallar amplios espacios dedicados a historia natural y moral de las regiones exóticas y sus moradores en obras doctrinales, en hagiografías de misioneros y, sobre todo, en crónicas sobre la evangelización de los habitantes de esas regiones exóticas³.

Esto es lo que ocurre con los cinco textos que vamos a presentar muy brevemente en estas páginas. Centrados en la historia de la provincia jesuita de Filipinas (1581-1768), presentan diversos estilos y formas de entender el papel que las descripciones de la naturaleza del archipiélago debían jugar entrelazadas con, concatenadas a, o segregadas de, las crónicas oficiales del quehacer de la Compañía en esa particular frontera imperial hispánica⁴.

De Pedro Chirino a Francisco Colín

La primera producción jesuita al respecto data de 1604, es decir, cuarenta años después de la conquista de Miguel Gómez de Legazpi y de la llegada de los primeros

² Josef de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias. En que se tratan de las cosas notables del cielo, elementos, metales, plantas y animales dellas, y de los ritos y ceremonias y leyes y gobierno de los indios*, Sevilla, Juan de León, 1590. Véase la excelente edición crítica y estudio introductorio de Fermín del Pino: Madrid, CSIC, 2008, pp. 17-56.

³ Miguel de Asúa, *Science in the Vanished Arcadia. Knowledge of Nature in the Jesuit Missions of Paraguay and Río de la Plata*, Leiden, Brill, 2014; Antonella Romano. "Les jésuites entre apostolat missionnaire et activité scientifique (XVIe-XVIIIe siècles)", *Archivum Historicum Societatis Iesu* 74 (2005), pp. 213-236.

⁴ Sobre Filipinas como frontera: Antonio García-Abásolo, "Una frontera más allá de la frontera", en Marta Manchado y Miguel Luque (eds.), *Fronteras del mundo hispánico: Filipinas en el contexto de las regiones liminares novohispánicas*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2011, pp. 71-88. Un rico panorama acerca de la frontera como marco conceptual polisémico en la historiografía modernista reciente, en: José Luis Betrán, Bernat Hernández, Doris Moreno (eds.) *Identidades y fronteras culturales en el mundo ibérico de la Edad Moderna*, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona Servei de Publicacions, 2016.

misioneros agustinos⁵. Su autor fue Pedro Chirino (1557-1635) quien pasó en el archipiélago casi medio siglo, desde su llegada en 1590 hasta su muerte. La obra historiográfica de Pedro Chirino se compone de dos obras fundamentales para la historia de Filipinas: la *Relación de las Islas Filipinas*, y de lo que han trabajado en ellas los Padres de la Compañía de Jesús (Roma, 1604, y reeditada en 1890); y la *Primera Parte de la Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús*, que era una ampliación, tanto temática como cronológica, de la *Relación*, aunque quedó manuscrita hasta el final del siglo XX⁶. No obstante, su importancia es capital, ya que sirvió de base para obras posteriores, en especial de la *Labor Evangélica* del también jesuita Francisco Colín (1592-1660), publicada poco después de la muerte de su autor y de la que nos ocuparemos más adelante.

Tal como hiciera su correligionario Acosta para América, Pedro Chirino fue el primero en escribir una auténtica historia natural y moral de las Filipinas. Pese a ser obras destinadas a historiar y ensalzar la labor misional de la Compañía de Jesús en las Filipinas, Chirino dedicó gran atención a la historia natural del archipiélago, al considerar que la naturaleza no era meramente un escenario donde se desarrollaba la historia humana, sino que resultaba un condicionante fundamental que ayudaba a explicar las costumbres humanas y su variedad. Chirino explicaba así este enfoque, que difería del de otras crónicas semejantes, pero que se justificaba por el interés de los lectores:

Mas porque pienso que quien leyere esto holgara de entenderlo mejor teniendo noticia de los sitios, parajes y distancias, quiero hazer antes de passar adelante una breve descripción desta isla de Manila, y algunas comarcas, como Lugbán y Mindoro, y lo mismo haré de las demás como lo fuere pidiendo el hilo de la Historia⁷.

Chirino presentaba una imagen idílica de las islas, una especie de Edén primigenio. Su belleza y su riqueza eran continuamente puestas de relieve. La primera isla descrita era la de Luzón, de la que el autor decía que era “la mayor, la más noble, más política, más rica y más fértil, de todo este Archipiélago, desde Mindanao hasta el Japón; aunque todas lo son mucho”⁸. Por otro lado, el puerto y la bahía de Cavite “ambos son muy limpios, fondables, y poblados de mucho y muy buen pescado; acompañados de

⁵ Para situar los antecedentes, así como las historias naturales por parte de agustinos y franciscanos: José Pardo-Tomás, "Las primeras historias naturales de las Filipinas (1583-1604)", *Nuevo mundo mundos nuevos. Nouveau monde mondes nouveaux. New World New Worlds*, 2019 [pendiente de publicar en línea]. <https://journals.openedition.org/nuevomundo/>

⁶ La primera edición es la de Jaume Górriz: Barcelona, Pòrtic, 2000.

⁷ Pedro Chirino, *Relación de las Islas Filipinas y de lo que en ellas han trabajado los padres de la Compañía de Jesús*, Manila, Imprenta de D. Esteban Balbás, 1890, p. 166.

⁸ Pedro Chirino, *Relación...*, p. 166.

muchos ríos y esteros, y su comarca proveyda de mucha arboleda para las obras y fuego”. La isla de Mindoro, muy próxima a Luzón, no la desmerecía en nada: “es muy alta, áspera y de muchas sierras y arboledas; y assí cría mucha caza, bolatería y cera, y el mar y ríos mucha pesca”⁹. La fertilidad del suelo filipino era también proverbial en la isla de Panay “la más fértil Isla de todo el Archipiélago, toda sangrada de ríos, de manera que el terreno no tiene palmo de tierra estéril, y lo marítimo no se camina legua a la orilla que no salga río a la mar”¹⁰. La naturaleza era rica no sólo en vegetación y fauna, sino también en minerales, mucho más valiosos para los colonizadores: “gozan ricas minas de oro y plata, y montañas de piedra ymán finísima”¹¹. Había lugares, sin embargo, que destacaban por encima de los demás, pues aunaban ambas riquezas naturales, como la isla de Bohol, “fértil, abundante y rica, particularmente de minas y lavaderos de oro, bastecida de mucha caza y pesca”¹².

Por otro lado, la naturaleza se manifestaba en ocasiones de forma espectacular en Filipinas: “En Albay ay un altíssimo Bolcán que, rebentando el año de mil y seyscientos y uno, arrojó de sí un gran río de fuego. Y ay algunos manantiales de agua caliente, con otro de tal calidad, que quanto cae dentro, sea palo, sea trapo, sea hoja, sea huesso, todo se convierte en piedra”¹³. Las fuerzas de la naturaleza también eran imprevisibles, por su inusitada magnitud, desde las erupciones volcánicas a las plagas de insectos, pasando por la furia de las aguas:

Assí es [el río] Aclan, quanto menos hondo, tanto más furioso, que ni dexa casa ni árbol, que todo lo abarraja con su furia [...] [Hubo] tan grande plaga de langostas en esta Isla y sus Comarcanas, que primeras y segundas sementeras se comió, sin dexar rayzes, dejando los campos abrasados como con fuego, sin bastar diligencia ninguna a remediarlo, por ser tanta la langosta, que hazía nube al Sol y les encubría su luz, y lo que es más, quitándoles el sustento, les acavava la vida¹⁴.

Esta representación de una Naturaleza de fuerza y proporciones inimaginables ayudaba, por otro lado, a engrandecer la labor de unos misioneros cuya figura quedaba empequeñecida ante semejante manifestación del poder de Dios y su Creación.

Si la Naturaleza era importante en la narración de Chirino, no lo eran menos los pueblos indígenas que la habitaban. Como objeto de la evangelización que llevaban a cabo los jesuitas, los indígenas filipinos debían ser conocidos para así poder cumplir

⁹ *Ibid.*, p. 167.

¹⁰ *Ibid.*, p. 183.

¹¹ *Ibid.*, p. 168.

¹² *Ibid.*, p. 260.

¹³ *Ibid.*, p. 167.

¹⁴ *Ibid.*, p. 184.

mejor con la labor misional. Por ello, Chirino aportaba gran cantidad de información sobre los nativos, sus modos de vida, costumbres y creencias¹⁵.

En una primera aproximación a los indígenas, Chirino resaltaba casi siempre la barbarie en la que se encontraban antes de la cristianización y el cambio operado gracias a la acción misional. No obstante, no todos los bárbaros eran considerados iguales. Influida directamente por la Historia natural y moral de las Indias, Chirino clasificaba a los indígenas filipinos en función de los tres niveles de “naciones bárbaras” que José de Acosta había establecido. Tagalos, bisayas y pintados pertenecerían al segundo grado de barbaridad (desarrollo de artes mecánicas, relaciones comerciales, dominio del arte de la artillería), mientras que zambales y negrillos permanecerían en el tercer nivel, el de los más bárbaros. Ninguno de los pueblos del archipiélago merecería, sin embargo, adscribirse al primer nivel, aquel de las sociedades con “costumbres llegadas a razón y fundadas en humana pulcra”, como China y Japón.

La labor de Pedro Chirino quedó inconclusa a su muerte y la que debía ser su magna obra quedó manuscrita. Como ya hemos apuntado, Francisco Colín recogió el testigo y, basándose en el manuscrito de la Primera Parte de la Historia, escribió su *Labor Evangélica*, que dio a la imprenta en 1663¹⁶, ampliando el marco temporal de su predecesora hasta 1616, ya que Chirino había finalizado su narración en 1606.

En cuanto al tratamiento de la historia natural, ambas obras tienen notables diferencias. Partiendo de una estructura más cercana al modelo clásico, Colín dedicaba todo el Libro I, titulado Descripción geográfica e histórica de las islas Filipinas, a la descripción de las islas y sus habitantes, ya que para él era fundamental conocer el escenario de los hechos, para así poder situar adecuadamente la historia de la evangelización y la de sus protagonistas en su contexto geográfico y cultural:

¹⁵ Para poder apreciar la amplia variedad de temas tratados, aportamos aquí los títulos de los capítulos de la *Relación* en los que se trata sobre los indígenas: *De los baños de los Filipinos* (Cap. X); *De las lenguas de las Filipinas* (Cap. XV); *De los comedimientos y términos de cortesía y buena crianza de los Filipinos* (Cap. XVI); *De las letras de los Filipinos* (Cap. XVII); *De la falsa religión gentilica, idolatrías y supersticiones de los Filipinos* (Cap. XXI); *De los matrimonios, dotes y repudios de los Filipinos* (Cap. XXX); *El modo que los Filipinos tenían en amortajar y sepultar sus difuntos* (Cap. XXXIII); *De los convites y embriagueces de los Filipinos* (Cap. XXXIV); *De las usuras y esclavonías de los Filipinos* (Cap. XLVI); *Del modo de nombrarse de los Filipinos* (Cap. LXXX).

¹⁶ Francisco Colín, *Labor Evangélica, ministerios apostólicos de los obreros de la Comp. de Jesús. Fundación y progresos de su provincia en las Islas Filipinas [...] Parte primera sacada de los manuscritos del Padre Pedro Chirino, el primero de la Compañía que pasó de los Reynos de España a estas Islas*, Madrid, José Fernández de Buendía, 1663. La obra conoció una edición aumentada, a cargo de Pablo Pastells (Barcelona, 1900-1902), por la que citamos.

Por fundamento della [de la historia], y de todos sus libros, se pondrá en primer lugar una Descripción Geográfica, y también Histórica de las Filipinas; como del Campo de nuestra labor Evangélica. Porque [...] mal se haría concepto adecuado de la mies, y cosecha, sino estamos bien informados de la cantidad, y calidad de las tierras, viñas, o jardines, que la rinden. Y aunque de las Filipinas ay algo escrito, no es tan puntual, y bien averiguado, como va aquí¹⁷.

Debido a la importancia otorgada a este aspecto, Colín se ocupaba de temas tan diversos como el origen y la formación de las Filipinas y sus diversos pobladores; la descripción geográfica de las islas; el temple y calidad de su cielo y suelo; su fertilidad y riqueza; etc. Y lo hacía de una forma racional, típica de la filosofía natural escolástica, intentando dar respuesta a cuestiones que se habían planteado con los nuevos descubrimientos y que también estaban presentes en los primeros libros de la obra de Acosta: ¿cómo conciliar las Escrituras con la existencia del Nuevo Mundo? ¿Cómo llegaron los humanos y los animales a las tierras recién descubiertas? ¿Los nuevos territorios fueron creados durante la Creación, o son posteriores?

Para Colín, en este sentido, era importante conocer el origen de los filipinos. Para ello consideraba que primero debía investigar el origen de las propias islas Filipinas. Éstas, igual que cualquier otra isla, podían tener tres orígenes: durante la creación del mundo o tras la “segunda creación”, que fue el Diluvio; posteriormente, debido a fenómenos naturales que inundaban tierras y dejaban una pequeña porción en la superficie; y, finalmente, por adición de materia, que con el tiempo formaría una masa de tierra por encima del agua. Tras repasar diversas teorías, concluía que en el archipiélago había islas de los tres orígenes referidos¹⁸.

Una vez determinado el origen del territorio, Colín se centraba en la procedencia de los nativos¹⁹. Cuando los españoles llegaron a las islas, encontraron tres tipos de gentes. Los primeros eran los “moros malayos”, de los cuales descendían los tagalos, que serían originarios de las islas de Sumatra y Borneo, o de la zona de Malaca; desde allí habrían pasado a Filipinas como emigrantes, comerciantes o debido a naufragios. Los bisayas, por su parte, provendrían de la zona de Macasar, en la actual Indonesia. Finalmente, los habitantes de Mindanao, de religión musulmana, serían originarios de Ternate, en las Molucas. El segundo tipo de gentes existentes eran los llamados negrillos, los primeros habitantes de las islas, considerados salvajes que vivían en lo profundo de los montes, alejados de los núcleos de civilización. Según Colín, su origen debía estar en la India, adonde habrían llegado negros etíopes, y desde allí habrían ido saltando de isla en isla

¹⁷ Colín, *Labor Evangélica...* I, p. 14.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 6-14.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 15-18.

hasta llegar a las Filipinas. Finalmente, el tercer tipo de pobladores serían los Ilayas o Tingues, que en opinión del cronista eran mestizos de los dos grupos anteriores, y que “por eso en el color, traje, y costumbres gozan una medianía entre las otras dos diversidades de gentes”²⁰.

En cuanto a la naturaleza, la obra de Colín trataba de la flora y fauna del archipiélago filipino y de las Molucas de forma más sistemática que Chirino, quien había abordado estos asuntos de forma más dispersa y menos ordenada, además de demostrar un conocimiento científico menor que el de Colín. Por el contrario, los textos de Colín referidos a los indígenas eran copia literal de los de Chirino, a la hora de tratar de su ingenio, dialectos, aspecto físico, modo de vestir, costumbres, creencias religiosas y gobierno político²¹.

La regionalización del espacio misional filipino: Combés y Alcina

Tanto Chirino como Colín fueron cronistas “oficiales” de la Compañía en Filipinas y escribieron sendas obras sobre las labores evangelizadoras de los jesuitas en todo el archipiélago. Sin embargo, hubo otros autores que se ocuparon de regiones o islas específicas, de las que también acometieron la elaboración de una historia natural.

El primero de ellos fue Francisco Combés, que trabajó principalmente en la islamizada Mindanao, la segunda gran isla del archipiélago tras Luzón. En 1662, la administración hispánica decidió abandonar Mindanao, debido a los altos costes que tenía la lucha contra los musulmanes. Ante esta situación, Combés decidió escribir una Historia de Mindanao y Joló, y sus Adyacentes. Progressos de la religión y armas católicas, para demostrar “cuánto importaba a España la dominación de Mindanao”, según él²².

Combés trataba de las condiciones naturales de las islas de Mindanao y Joló en el primero de los ocho libros de la Historia, titulado De lo general y original de estas islas y

²⁰ *Ibid.*, p. 17.

²¹ Eduardo Descalzo, “La historia natural y moral de Filipinas en la obra de Pedro Chirino, S.I. (1557-1635)”, en *Ciencia y Cultura entre dos mundos. Fuentes documentales y sus diversas interpretaciones*, 2010 [en línea] [http://fundacionorotava.org/media/web/files/page109_Descalzo_La-historia-natural-y-moral-Pedro-Chirino-S-I-1557-1635 .pdf](http://fundacionorotava.org/media/web/files/page109_Descalzo_La-historia-natural-y-moral-Pedro-Chirino-S-I-1557-1635.pdf); y Eduardo Descalzo, “Las crónicas oficiales de la Compañía de Jesús en el siglo XVII: Pedro Chirino y Francisco Colín”, en: Ángela Atienza López (ed.), *Iglesia memorable, crónicas, historias escritas... a mayor gloria. Siglos XVI-XVIII*, Madrid, Sílex, 2012, pp. 275-298.

²² Francisco Combés, *Historia de Mindanao y Joló, y sus Adyacentes. Progressos de la religión y armas católicas*, Madrid, Herederos de Pablo de Val, 1667. Sobre la actitud de los jesuitas en la conquista de ambas islas: Alexandre Coello de la Rosa, “No es esta tierra para tibios: la implicación de los jesuitas en la conquista y evangelización de Mindanao y Joló (siglo XVII)”, *Historia Unisinos* 23 (2018), pp. 47-61.

sus habitantes. Naturaleza, propiedades y costumbres. Se extendía en noticias de los frutos y animales de la región y trataba extensamente sobre las peculiaridades religiosas de la población, sus usos, costumbres y narraciones sobre prodigios, que consignaba por extenso, aunque afirmaba que le parecían “cuentos de indios o sueños de viejas”. La experiencia que tenía con los nativos le permitió ofrecer abundantes datos personajes indígenas y de linajes de sus reyes, con informaciones totalmente desconocidas para los europeos de la época.

La Historia de Combés fue escrita por iniciativa del autor, seguramente el mayor opositor al abandono de Mindanao en 1662. Esto confiere a la obra una marcada intencionalidad, en la que la apología de lo que las misiones jesuitas habían hecho allí era fundamental para su empeño en defender la permanencia de los españoles en la zona. En este sentido, la visión ofrecida de Mindanao era idílica: la vinculación personal de Combés con los indígenas que él mismo había cristianizado le habría llevado a exponer una situación mucho más favorable a la real. No obstante, esto, es indudable el valor de la Historia de Combés. Por una parte, es la primera historia específica de las islas del sur del archipiélago filipino. Por otro lado, los datos aportados por el autor, gran conocedor de la geografía y sus habitantes, son de un gran valor histórico, geográfico y etnográfico.

Si Mindanao y Joló tuvieron en Combés su cronista particular, las Bisayas contaron con la pluma de Francisco Ignacio Alzina, que escribió la Historia de las Islas e Indios de Bisayas. Aunque fue terminada en 1668, quedó inédita hasta 1974²³. La Historia de Alzina está dividida en dos partes: la primera, dedicada a la historia natural, y la segunda, centrada en la historia “eclesiástica y sobrenatural”, según reza el propio título.

En la obra de Alzina, la historia de los hombres aparece íntimamente ligada a la misma naturaleza, lo que constituye un elemento fundamental para la comprensión del mundo indígena filipino. La primera parte, de hecho, es un tratado geográfico, naturalista y etnográfico, un estudio metódico y original de uno de los grupos indígenas más característicos de las Filipinas, los indios bisayas, complementado con una serie de ilustraciones²⁴.

En el libro primero, Alzina estudiaba la flora, y en el segundo la fauna de las Bisayas. La clasificación seguida por el autor en uno y otro caso no tenía más pretensión que la de dotar a las descripciones de un orden expositivo. Comienza tratando el medio natural, para intentar comprender a la sociedad humana que vivía en íntima relación con ese medio. Los cinco primeros capítulos están dedicados al origen de los indios bisayas,

²³ Hemos manejado la excelente edición de Victoria Reyes, *Historia de las Islas Bisayas del padre Alzina*, 3 vols. Madrid, CSIC, 1996-1998.

²⁴ Sobre las ilustraciones: Fermín del Pino Díaz, “La visión y representación de Filipinas en los viajeros españoles: el caso del jesuita Alzina (1668)”, *Anales del Museo Nacional de Antropología* 5 (1998), pp. 49-82.

sus características físicas y étnicas, sus adornos corporales y tatuajes, y a la situación geográfica de las islas. A partir del capítulo sexto, dedicado a la fertilidad de las islas, comienza el estudio de la flora (capítulos del 7 al 29), en el que son rasgo destacable es su uso insistente de la analogía, cuando, pensando que está describiendo algo desconocido al lector europeo, establece continuas comparaciones con plantas y frutos de la Península ibérica. Buen ejemplo es el capítulo séptimo que “Recopila todas las comidas que sirven de pan y suplen su falta en estas islas que nunca lo comieron en su antigüedad”.

Otro aspecto de la orientación de la historia natural que encarna Alzina, pero que es frecuente en las obras originadas en un contexto de producción similar, es que el interés por resaltar y describir la riqueza de la fauna y la flora está en función de destacar todo aquello que es de utilidad para la misión evangelizadora y colonizadora. En este sentido, son interesantes los capítulos noveno y décimo, dedicados a los plátanos: uno trata De las plantas que llaman Platanos y sus diferencias, todas comestibles y otro De otro genero de Plátanos, que aunque no les dan de comer á los naturales le dan de vestir.

El libro segundo está dedicado a los animales y a algunos aspectos del clima y la geología de las islas. Alzina ordena su descripción de la fauna basándose en la división entre “animales de tierra”, “animales del aire” y “animales del agua”. Tal como ocurre con la flora, aunque se describen animales que, simplemente, llamaron la atención del autor por su exotismo, la mayoría de las descripciones están en función de la utilidad que tenían para los humanos, bien por ser parte de dieta de los indígenas, bien por representar un peligro para ellos o para los misioneros. De un modo u otro, en todo momento las descripciones de animales están en función del hombre. No es de extrañar, por tanto, que en ocasiones Alzina utilice estas descripciones para introducir costumbres de los indígenas. Por ejemplo, no se limita a estudiar los peces más frecuentes en las costas, sino que refiere también las distintas artes de pesca empleadas por los bisayas. En este sentido, la obra aporta datos antropológicos sumamente valiosos que pueden ayudar a reconstruir el modo de vida de los indígenas.

En resumen, se puede decir que la Historia de las Islas e Indios de Bisayas es una obra, en principio, con poca elaboración en cuanto a cuestiones estrictamente botánicas y zoológicas, pero que abunda en información sobre plantas y animales en función de las necesidades humanas, por lo que las descripciones naturalísticas aparecen mezcladas con anécdotas personales y juicios de valor, así como con conocimientos indígenas transmitidos oralmente al misionero. Sin duda, son estos contenidos de la “historia moral” de los bisayas los que otorgan mayor valor a la obra del jesuita valenciano, convirtiéndola en un documento etnográfico único, sin duda uno de los mejores que se escribieron en su tiempo sobre las islas Filipinas.